



# Cuenta la historia de Coronel

Memoria - Identidad - Territorio

**Cuenta la historia de Coronel**

Memoria - Identidad - Territorio

**Dirección, recopilación y edición**

Elizabeth Gallegos

Claudio Contreras

**Coordinación**

Karla Mesina

**Redacción y edición**

Camila Mellado

**Ilustración**

Felipe Pozo

**Diseño y Diagramación**

Luis Rojas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema Informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea esté electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Editado por Rescatando Sueños

ISBN: 000-000-0000-00-0

Primera edición 2019

Impreso en Chile

[www.rescatandosuenos.cl](http://www.rescatandosuenos.cl)

# Cuenta la historia de Coronel

Memoria - Identidad - Territorio





**Hermes  
descubre  
la libertad**





Desde que Hermes podía recordar, había vivido en la jaula. Desde ahí miraba y escuchaba a las personas y les acompañaba en sus trabajos cotidianos en la mina. Mientras los hombres golpeaban la roca con palas y picotas, Hermes limpiaba sus verdes plumas y repetía algunas de las palabras que le habían enseñado. – ¡Buenos días, jefe! –le decía cada mañana al hombre que se encargaba de llevar su jaula a la mina y el minero lo recompensaba con un puñado de semillas de girasol.

Cuando las personas terminaban su labor, llevaban la jaula al exterior y el loro choroy podía mirarlos despedirse y marchar hacia rumbos desconocidos. Fue en ese lugar, con su jaula colgando de un poste, donde vio algo que lo impactó profundamente.

Primero vino el sonido, un enjambre de voces risueñas entrelazándose. Luego los vio. Eran más de 20 y volaban libres, sin jaulas, todos juntos riendo y conversando.

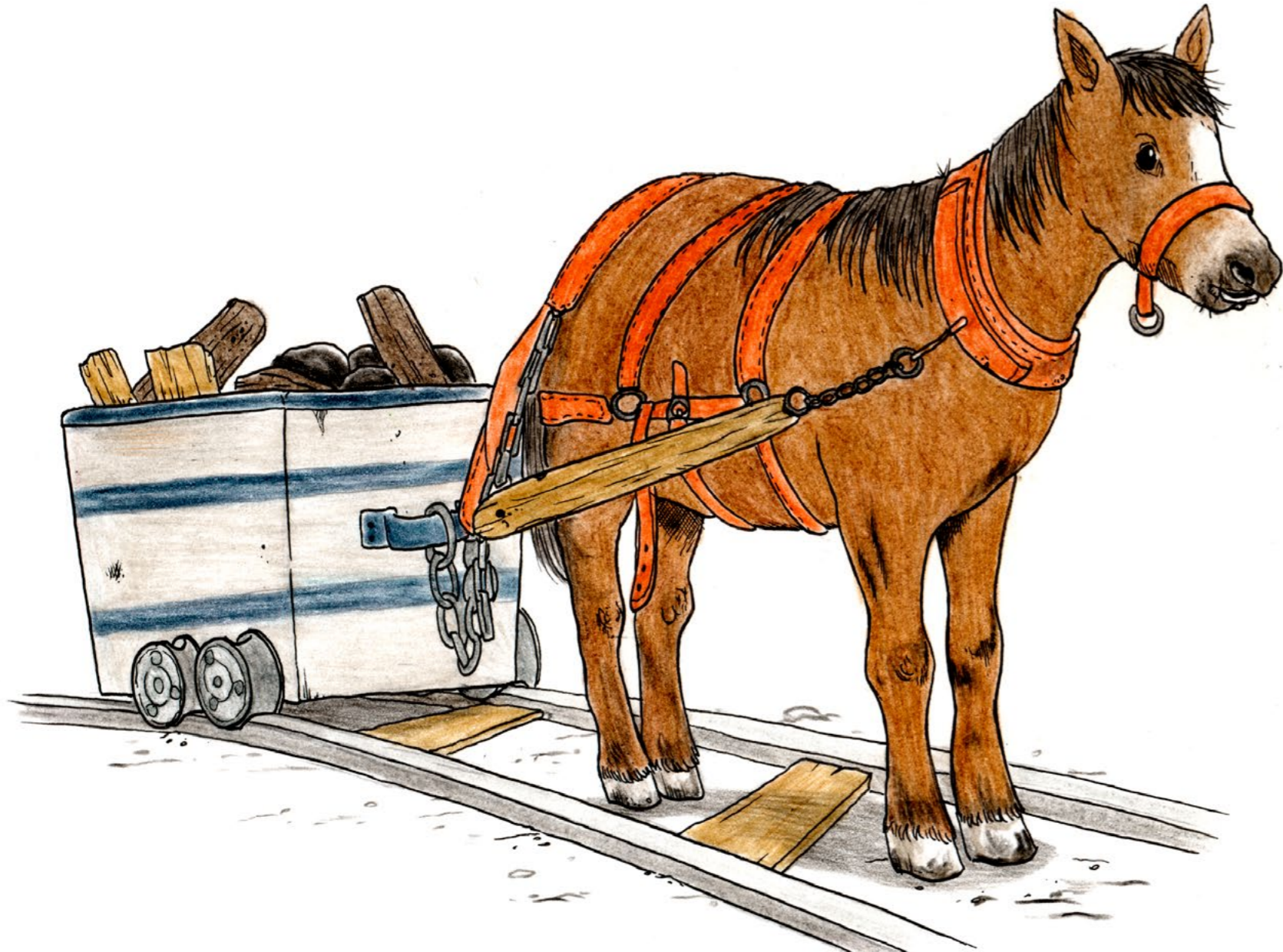
–Qué cosa tan misteriosa –dijo Hermes.

La vaca, que había visto la escena mientras esperaba partir hacia el puerto con una pesada carga de carbón, le contestó –en las tierras de las que me crie habían decenas de pájaros como esos. Los hombres les dicen chirihues.

–¿Y dónde están esas tierras? –Preguntó el loro sorprendido, puesto que había nacido en una jaula y solo conocía la mina y su exterior como hogar.

–Cerca. Más allá de las casas y las tierras de los hombres está el monte y ahí los pájaros y los animales viven libres, sin jaulas ni personas –dijo la vaca, que al ver cómo la avecilla dudaba agregó –Si no me crees pregunta al caballo, él también viene de esas tierras.





Cuando los hombres llevaron a Hermes a la mina nuevamente, el loro esperó paciente hasta que el caballo, fuerte y fibroso, pasó por su lado.

– ¿Es cierto que los pájaros viven libres, más allá de las casas y tierras de los hombres? –le interrogó en cuanto vio aparecer su gran cabeza tirando un pesado carro de carbón.

–Así es –contestó el caballo. –Decenas de pajaritos se posaban en mi espalda cuando vivía en la cordillera. –Pensativo el loro se quedó silencioso mientras el jaco se alejaba y luego de un instante, cuando lo vio volver guiado por un minero hacia el fondo de la mina, le gritó – ¡Quiero ir donde los pájaros viven juntos!

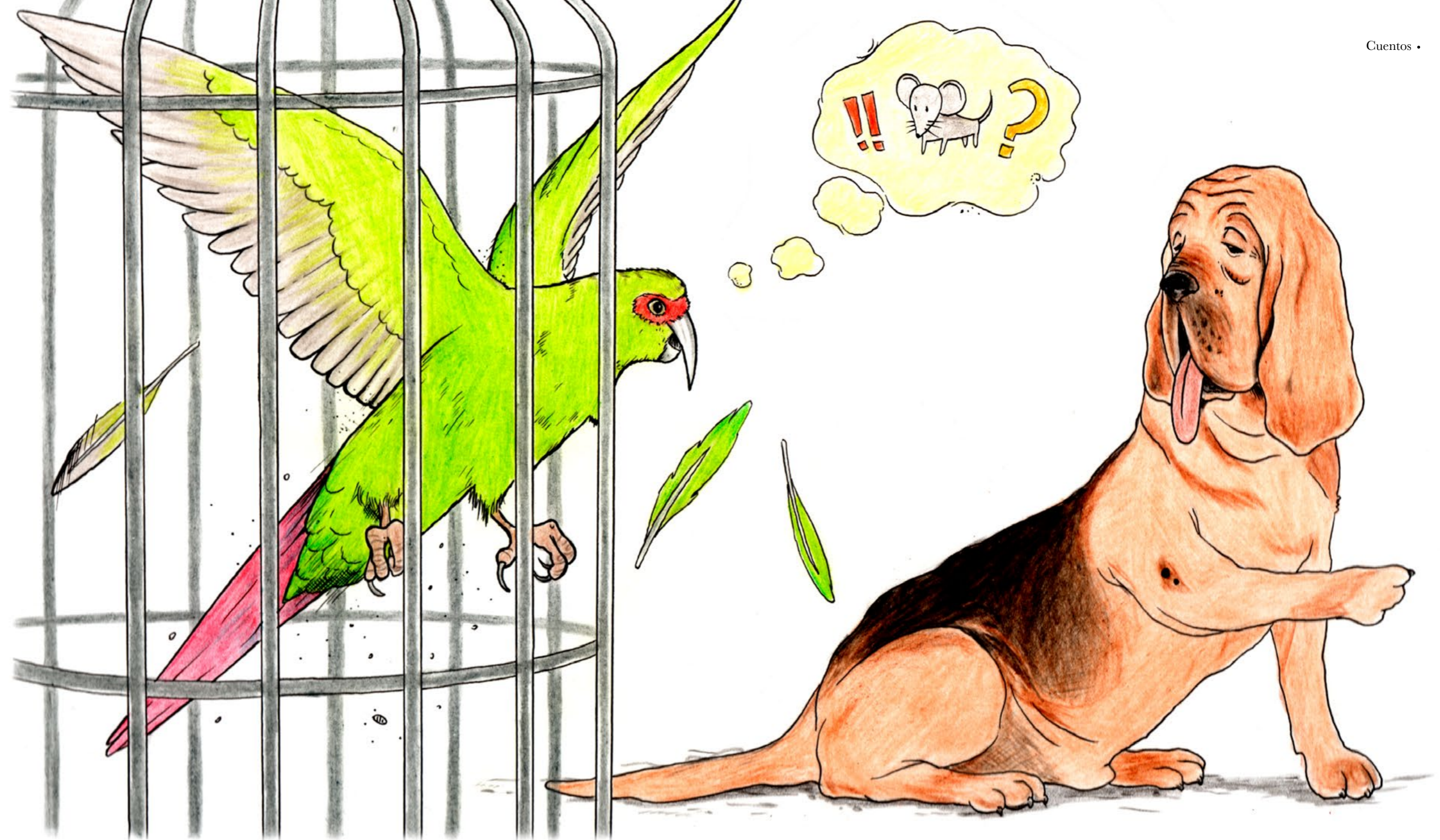
– ¡Pídele ayuda al perro! –le relinchó en respuesta el caballo.

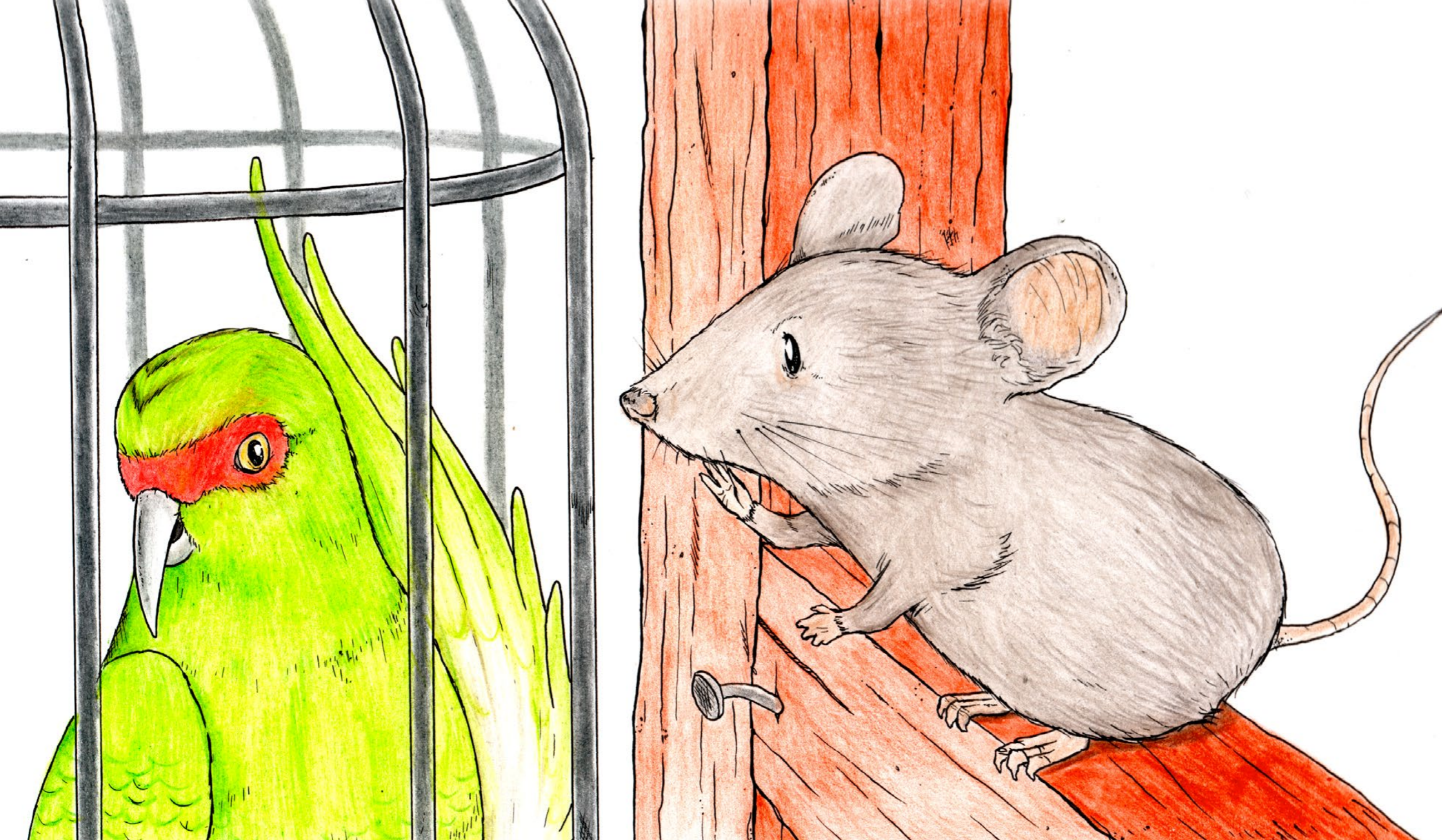
El perro era el más viejo de los animales que vivían en la mina y era también el favorito del hombre. Anciano y casi ciego, ladraba a las sombras que proyectan las linternas en los pasillos y los mineros le sobaban la cabeza y le agradecían por su lealtad y valor.

—Si quieres ir, deberás escapar —sentenció con su voz de animal viejo y sabio. —Pero los mineros no te dejarán ir tan fácilmente, necesitas ayuda de un experto. Habla con el ratón.

—¿Y qué le diré? —Preguntó Hermes, quien ya no podía dejar de pensar en el lugar descrito por los animales, en el que los que son como él viven libres.

—Dile que recuerde que el hombre, aunque es fuerte y feroz, le teme a muchas cosas —Contestó el perro, que había sido llevado a la mina para espantar a las sombras que asustaban a los trabajadores.





Pacientemente esperó el loro a que el ratón pasara por la viga que sostenía su jaula. Sabía que luego de que los mineros comieran, aparecería el ratoncito de largos bigotes a recoger las migas y restos del alimento que el hombre dejara. En cuanto escuchó el ritmo suave de sus patitas, le habló ansioso.

— ¡Ratón! —llamó — ¿puedes ayudarme a escapar?, quiero ir a la tierra más allá de las tierras del hombre, donde los pájaros vuelan libres.

Los ojillos negros y brillantes del ratón asomaron en la oscuridad. Su naricita oteó el aire mientras escuchaba el mensaje que el perro le enviara, antes de responder —Puedo ayudarte. Esto es lo que haremos —contestó.



La mañana siguiente los trabajadores entraron a la mina llevando a Hermes hasta la columna de eucalipto en la que colgaban su jaula y comenzaron sus labores como cada día. Picando la roca de las paredes extraían el carbón que luego cargaban en los carros que tiraba el caballo. Entonces, cuando estaban en medio de su faena, uno de ellos exclamó asustado – ¡miren!, ¡los ratones! –rápidamente todos voltearon a observar y vieron en medio del suelo de la mina una larga hilera de roedores corriendo hacia la salida de la cueva.

–No puede ser, no ha crujido el eucalipto –exclamó uno de los mineros, pues es sabido que los ratones escapan primero que nadie cuando hay un derrumbe o una emergencia. Sin embargo también se sabe que antes de que cedan las paredes de la mina, las vigas de eucalipto que sostienen sus paredes crujen y suenan para avisar, por lo que confundidos los mineros se miraban unos a otros. Entonces alguien gritó – ¡De espalda el loro! –Y efectivamente, Hermes yacía tendido sobre su espalda verde, con sus pequeñas patitas en alto, como muerto.

– ¡Fuga de grisú! –gritaron los mineros al ver a Hermes desmayado, antes de correr despavoridos siguiendo el camino que señalaban los ratones hacia la salida.



Cuando no quedaba ni un solo humano en la mina, los pequeños ojillos negros del ratoncito con el que conversara el loro el día anterior aparecieron sobre la viga. Paso a pasito, bajó el ratón por la cadena que sostenía la jaula y con sus poderosos dientes cortó la amarra que sostenía la puerta de la celda cerrada. – ¡Eres libre Hermes! –dijo satisfecho.

En un instante el loro estuvo fuera de la jaula, batiendo sus fuertes alas por primera vez fuera del encierro. – ¡Gracias ratón! –gritó alegre, mientras volaba hacia la salida de la cueva.

– ¡Saluda a nuestras familias! –gritaron el caballo y la vaca, cuando lo vieron pasar volando sobre la mina.

– ¡Lo haré! ¡Gracias caballo, gracias vaca, gracias perro! –Gritó el loro alejándose veloz hacia la tierra de los chirihues y los choroy en la cordillera de Nahuelbuta, rumbo a conocer eso que las personas llaman libertad.

**Fin.**

